

Discurso de aceptación

19 de junio de 2025

Michael I. Jordan, galardonado en la categoría de Tecnologías de la Información y la Comunicación (XVII edición)

Estoy profundamente agradecido por el reconocimiento de la Fundación BBVA a mi trabajo en el área de la Tecnología de la Información y la Comunicación.

Es un placer especial recibir un premio en Europa, ya que soy tan europeo como estadounidense. Tengo pasaporte italiano, y vivo y trabajo en Francia como investigador en Inria París. Hablo italiano y francés con fluidez, y algo menos fluido también el español. Aprecio profundamente las grandes tradiciones europeas en matemáticas, ciencias y literatura, y con mi traslado a Europa espero contribuir, aunque sea de forma modesta, a dicha tradición.

Trabajo en el campo del aprendizaje automático, también conocido hoy como IA. En mi opinión, este campo se entiende mejor como una disciplina de ingeniería emergente, basada en un conjunto de herramientas que combinan el pensamiento algorítmico con el pensamiento inferencial. El aprendizaje automático utiliza el análisis de datos a gran escala para complementar la metodología clásica en ciencia y tecnología. El aprendizaje automático también destaca por ser la primera disciplina de ingeniería centrada principalmente en los datos de y sobre humanos, incluyendo preferencias, valores y decisiones humanas, y por su objetivo de proporcionar mecanismos que puedan actuar en el mundo humano en tiempo real. Así pues, tiene implicaciones enormes, y actualmente poco comprendidas, para los individuos, las sociedades y las culturas.

No tenía planeado trabajar en aprendizaje automático y, como muchos académicos, llegué a los problemas que me interesaban por motivaciones particulares. Mi título original fue en psicología y mi doctorado en ciencias cognitivas. Mi primer puesto como profesor fue en neurociencia, en el MIT, y finalmente llegué a un puesto conjunto en los departamentos de Estadística e Informática, en la Universidad de California en Berkeley. Durante toda esta travesía, se despertó mi interés por aplicar el pensamiento algorítmico y

estadístico a áreas problemáticas que hasta entonces eran dominio de los filósofos, incluidas las teorías algorítmicas del razonamiento individual y colectivo, cómo los individuos y los grupos afrontan la enorme incertidumbre en la que vivimos, cómo el orden puede surgir del desorden, y la naturaleza algorítmica del aprendizaje. Problemas como estos no se encontraban solo en un campo, y a lo largo del camino he interactuado con ideas y personas de una amplia gama de campos, como la física estadística, la teoría de control, la investigación operativa, la lingüística, la biología molecular, las matemáticas y, más recientemente, la economía.

Dada mi proximidad a Silicon Valley, mi pensamiento también se vio influenciado por los avances en las tecnologías de la información. Siempre he considerado las tecnologías de la información principalmente como una forma de potenciar la inteligencia y la creatividad humanas. Al principio, creía que Silicon Valley compartía esta perspectiva. Ya no lo creo, y parte de la razón por la que vine a Europa es para huir del espíritu de la época de Silicon Valley. Una mentalidad Frankenstein se ha impuesto en Silicon Valley, donde el objetivo es imitar y, de alguna manera, superar la inteligencia humana, sin pensar en otros objetivos que podrían ser más beneficiosos para el desarrollo de tecnología centrada en el ser humano.

Creo que estos objetivos pueden enmarcarse de forma útil desde una perspectiva colectivista de la IA que incorpore ideas de la economía y otras ciencias sociales. La economía se centra en los valores, las interacciones, la escasez, las compensaciones y las relaciones entre individuos y sistemas a gran escala; todos estos problemas surgen al implementar plataformas de IA. Asimismo, cuestiones como la privacidad, la equidad, los sesgos y la propiedad que surgen en dichas implementaciones son en parte de naturaleza económica e implican compensaciones. Desafortunadamente, a menudo se reducen a conceptos legales y algorítmicos sin matices. Otra preocupación es la necesidad de permitir que los creadores se beneficien de su producción creativa cuando esta se agrega a un sistema de IA. Esto se debe en parte a un problema de diseño de mercado, en mercados donde los datos en sí mismos son un bienpreciado, un concepto novedoso para la economía. Finalmente, el diálogo actual sobre la IA a menudo implica abordar directamente los mecanismos regulatorios propuestos que apuntan a un comportamiento algorítmico específico. Deberíamos, en cambio, analizar los sistemas de IA en su contexto social, buscando comprender sus equilibrios, su comportamiento fuera de equilibrio y sus externalidades. Será necesaria una regulación de los sistemas de IA, pero una regulación efectiva se ejerce mejor en el plano de los equilibrios, no en el de los algoritmos.

Finalmente, el diálogo sobre IA debe involucrar al público general de una manera que se relacione con su vida cotidiana. El diálogo actual, tal como lo llevan a cabo tecnólogos, periodistas y políticos, está dominado por la exageración, la histeria y las posturas regulatorias. Todos los seres humanos interactúan con conceptos económicos y sociales a diario totalmente al margen de las teorías académicas, y lo mismo puede decirse de los conceptos cognitivos y el razonamiento en condiciones de incertidumbre. El público general podrá contribuir si se discute la IA en estos términos. No podrá hacerlo si el diálogo continúa centrándose en la supuesta llegada inminente de una superinteligencia que, de alguna manera, lo cambiará todo. Eso es ciencia

ficción, y la ciencia ficción es una forma infantil de pensar en el futuro de la humanidad.